

## **EL PUENTE DE ICONONZO**

**Por: JOSE MIGUEL ROSALES.**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 2, Volumen VIII  
1950*

**E**l paisaje es grandioso: unas colinas bajas forman como el primer escalón de este majestuoso anfiteatro; enseguida, cerros llenos de arbustos y espesos matorrales; luego, otros, aún más altos que van ascendiendo siempre hasta terminar allá muy lejos en alturas inverosímiles adonde solo llega el vuelo de las águilas. Una luz tenue, rosada, baña todo aquel cuadro, con tinte sombrío; en las honduras, se difuma al violeta por las laderas, y chispea sobre la desnuda arista de las rocas y en el hilo vaporoso de las cascadas.

Entramos ahora en una estrecha garganta abierta entre murallones de piedras salientes y comisas despedazadas. Aquí me hace notar mi acompañante un magnífico ejemplar de las bromeliáceas, el *Achea clumnaria* de Ed. André. Las hojas purpúreas miden un metro de longitud, y entre ellas se yergue un altivo penacho de flores color oro mate.

Pasado el desfiladero, la vegetación se torna más robusta y variada, se atraviesa un bosquecillo y entonces se ofrece a la vista del caminante un estupendo hacinamiento de pedruscos descomunales, redondos y lisos, que a existir en tierra griega habrían justificado la fábula de los titanes cuando quisieron escalar el trono de Júpiter.

Por entre estos cantos rodados se desciende hasta un rellano que se ve al frente, cubierto de cascajo y arena, el cual parece ser la continuación del camino. Este rellano es el piso del puente artificial de madera levantado a tres metros sobre el nivel del natural de piedra.

Hasta aquí nada de extraordinario se presenta a la curiosidad del viajero; aun cuesta trabajo

convencerse de que uno está sobre un abismo. Pero inclinaos un poco a la izquierda y tratad de sondear con la mirada la siniestra abertura, que al parecer se ha abierto súbitamente a vuestros pies. Entonces, a pesar del calor tropical, corre por todo el cuerpo un estremecimiento de frío; la cabeza desfallece dominada por el vértigo. El espectador, con la pupila dilatada, contempla sobrecogido de espanto la sima lóbrega y misteriosa, imperio de la sombra, que trae a la mente ideas de tremendos cataclismos y muertes de espantosas agonías.

A veces allá en el fondo pasan con rapidez vertiginosa cosas blancas como visiones de condenados dantescos. Son los tumbos espumosos del río Sumapaz que huyen entre quejas ahogadas y lúgubres. De aquí el nombre expresivo y poético que le dieron los indígenas en su lengua: I con on zue: "lamento del agua en lo profundo".

Un continuo batir de alas y rápido cruzar de algo a manera de flechas acusa la presencia de infinidad de guapacos, aves nocturnas, únicos habitantes de aquel antro.

No sé cuánto tiempo estuve allí, olvidado de todo lo que me rodeaba, fascinado por el abismo, cuando sentí que mi compañero me tiraba de un brazo.

—Cuidado, amigo mío, se inclina usted demasiado. Desde aquí no se toma sino el conjunto de la quiebra. Venga usted y observémosla en detalle.

Me condujo hacia la derecha y habiéndonos descolgado por un asperísimo sendero, llegamos al nivel de la roca que forma el puente superior, denominada Cabeza del Diablo. Esta mole es ligeramente arqueada y descansa sobre la entrada esquistosa que constituye el puente natural inferior, o sea el primero sobre la superficie del agua. Entre los dos hay una abertura por la cual nos deslizamos con mucha dificultad y no poco récelo, hasta alcanzar el borde de un orificio, especie de tronera, que permite observar de cerca la escabrosidad de la muralla y percibir mejor los rumores del encarcelado río.

Largo rato permanecimos allí, oprimidos por la lobreguez de la bóveda y la pesadumbre de la roca, presa la mente de mil confusas ideas, porque lo que allí se ve jamás se lo había forjado la imaginación más viva.

Porque la idea de río trae consigo la imagen de orillas risueñas; aguas alborotadas con toques de blanco o mansas con reflejos de cielo, claridad por todas partes; aquí todo lo contrario; oscuridad

y misterio, pavor y tristeza.

Al fin salimos a la luz, mareados por el vacío, el cuerpo flojo y el ánimo abatido, como quien despierta de atroz pesadilla. Trepamos por el sendero, sofocados, jadeantes; y buscando la sombra de un arbolillo, nos tendimos de largo a largo a respirar con deleite el aire fresco de la montaña.

Fuertemente impresionado por lo que acabo de contemplar, el sitio me parece ahora medroso. Estoy en el vértice de dos laderas, como en el fondo de un embudo. No hay horizonte; el silencio es abrumador, las aves enmudecen y los reptiles mismos huyen de aquí como de un lugar maldito.

El cielo está limpio y diáfano; por entre la menguada urdimbre de las ramas veo cruzar arriba, muy arriba, tenues nubecillas que se van deshaciendo hasta desleírse por entero en aquella inmensidad de color y de luz; dos águilas giran pausadamente y también se pierden; no corre el más leve soplo de brisa. Nosotros, inmóviles como leños, no atravesamos palabras; sólo el cerebro trabaja y son los pensamientos como bandadas de aves prisioneras que revolotean azotando los hierros de la jaula.

